

LA REALIDAD COMO METÁFORA

La irrupción del video como sujeto artístico se produjo cuando esta nueva tecnología consiguió abaratar y mejorar los costes y rendimientos de la maquinaria. La tecnología impulsó una nueva teoría de la imagen y la sentencia de Warhol sobre los segundos de popularidad que se podrán obtener a partir de ese advenimiento se ha superado con creces. Incluso hoy ya se debate y lucha por la privacidad en un mundo abocado a la más canalla de las perversiones, la impertinencia de la cámara. Reaccionar para el mundo del arte era imprescindible y lo más sensato es recuperar el video como instrumento para la expresión plástica frente a la estulticia de la imagen como documento.

En este sentido, artistas como Bill Viola o Shirin Nishrat han mostrado su capacidad para crear un lenguaje propio con elementos narrativos clásicos, mientras una nueva generación, surgida cuando el video y la televisión ya cubrían el ámbito doméstico, aborda nuevas posibilidades que no supongan un lastre narrativo. Dionís Escorsa es un artista que compone sus obras con la presencia del video y elimina toda, o casi toda, la narratividad de otros artistas, concentrándose en la concepción global de la obra, a la que añade elementos pregrabados sin los cuales la obra pierde su identidad, o cuando menos, disipa el efecto que la grabación videográfica provoca.

El Espai Quatre del Casal Solleric es un espacio alternativo que no ha gozado del interés preferente por parte de la institución y en cambio, se ha convertido en el espacio expositivo institucional de mayor carácter por sus innovadoras propuestas y por los riesgos que supone relizar montajes de este tipo, muchos de ellos con necesidades técnicas complejas, como es el caso de Escorsa. Asimismo, en él se exponen muestras de un arte que no puede llamarse emergente pero que sí apuesta por modos expresivos aún marginados, en algunos casos, por las galerías y los centros institucionales.

En El carceller: retrat del poeta quan calla, se exhibe en toda su potencia la personalidad creativa del Escorsa. La exposición se abre con una espectacular instalación que por sí sola justifica toda la exposición. Una cama con una sábana revuelta, una jarra y unas copas de vino vertido sirven de todo atrezzo para una sugerente y acogedora estancia que se ve con dificultad debido a las reducidas dimensiones del espacio. Aún así, cuando el espectador, "voyeur" de una situación que se le escapa, encuentra una ubicación cómoda y completa del espacio, descubre a través de una ventana luminosa, que recorre desde la cabecera del colchón hasta nuestros pies, toda una gama de colores desparramados sobre los objetos dejando una estela de colores que van desde unas manchas sanguinolentas hasta la turbia textura del vino derramado, casi solidificado.

La sensación que crea al espectador modifica la percepción real de los elementos que conforman una escenografía sencilla pero eficaz, cuyo alcance transporta al espectador más allá de una sugerencia o una evidencia: la realidad es un concepto, una metáfora que cada uno interpreta a su antojo. Cerca, en la sala contigua, el carcelero espera al visitante al que intimida con una surrealista manifestación de autodestrucción. Con una jeringuilla extrae lágrimas de sus ojos para inyectárselas en el antebrazo. El escalofrío no es completo hasta descubrir su afición a la taxidermia. En una pequeña caja de habanos guarda con alfileres los cuerpos desnudos de unos amantes que no paran de fornicar. Sus cuerpos se agitan en un vaivén que sugiere tanto el movimiento de la copulación como el desesperado intento de deshacerse de la afilada prisión.

La pieza, que podría representar un catálogo de perversiones, es sin embargo un grifo sordo, como en el perro andaluz buñueliano, un espasmo frente al dolor y la melancolía del alma. La soledad del poeta que mira de frente al espectador, espejo que le devuelve la imagen secreta de la bestia, del onanista, del silencio. Es una pieza desgarradora y de una refinada crueldad, aunque ésta la proporcione más la mirada propia, la del espectador descarado que abre los ojos al margen secreto del otro, o de uno mismo.

Obra descorazonadora y tierna, radical e inquietante a la vez, resume el estado actual del arte, condenado a apelar a los instintos más íntimos y oscuros de un espectador que se declara incapaz de reaccionar ante la avalancha de imágenes y sonidos escupidos por ese enemigo común: la televisión.

Biel Amer

Crítica de la Exposición "El Carceller: Retrat del poeta quan calla" de Dionís Escorsa al Casal Solleric de Palma de Mallorca.

Diario de Mallorca, 16 de mayo de 2003